

Nostalgia Muerta

Nahuel

Nostalgia Muerta

Nahuel Cobiella

Capítulo 1

Nostalgia Muerta

La noche se avecinaba, y con ella una feroz tormenta nortea, esas en la que parece que la madre naturaleza desploma su odio contra todo ser viviente.

Juan y María estaban en la cocina, la única vela prendida emanaba una débil luz amarillenta que chocaba contra la pared húmeda de color blanco con moho, el lugar estaba casi vacío, solo había una mesa con sillas que María recordaba cuando ella con su padre pasaban tardes enteras armando rompecabezas. Estaban solos, ellos dos en esa casa gigante de fines del siglo XIX, alejados de toda civilización por la mas inmensa soledad del campo.

En esa casa había sido asesinado su padre en una misteriosa situación, nunca encontraron al culpable porque la única testigo del hecho fue su madre, muerta por no aguantar la angustia de ver morir en sus brazos al hombre de su vida.

Desde que llegaron no se movieron del lugar donde estaban, no por miedo sino por una suerte de fuerza que los inmovilizaba y los obligaba a quedarse quietos.

Esclavos de sus recuerdos empezaron a hablar del pasado de lo feliz que fueron con sus padres, con sus cabalgatas por el campo, con sus chapuzones en el rio.

Como una especie de máquina del tiempo para tratar de vivir sus nostalgias María preparo mate, puso el agua en la pava de hierro, la yerba en el mate para después sacar el polvillo que hace mal a los riñones como decía su abuela mientras miraba por la ventana la inmensa oscuridad que era cortada por los destellos de la tormenta que se acercaba.

Vinieron esa tarde después de un largo viaje desde la capital, el calor y la

humedad eran abrumadores.

Desde que entraron al pueblo se cortó ese hilo de conversación porteño y burgués para agolparse en un silencio nostálgico. Tuvieron que venir porque desde la muerte de su padre vivieron de los ahorros y alquileres de propiedades, pero en los últimos años lo fueron perdiendo todo y lo único que les quedaba era la herencia más preciada que les dejó, esa estancia que no produce desde ese trágico mediodía.

–Mañana tendremos que salir a buscar peonada –dijo Juan- seguramente habrá quedado algún hijo de los peones de papa en el pueblo.

María, aun ahogada en sus recuerdos asintió.

Esa noche no pudieron dormir, a la madrugada un ruido los alertó, se levantaron y sintieron una presencia, no podían ver, pero lo sentían, sentían que los estaban observando.

Un rayo cerca hizo rastrojos un árbol, después otro y otro. Era como una fuerza que llamaba a las descargas eléctricas. De pronto sintieron que alguien caminaba y se acercaba por la galería, se miraron como dos niños asustados sin poder hacer nada, inmovilizados por el miedo. La puerta, que solo estaba apoyada se abrió bruscamente entrando una luz brillante y blanca para después sentir un ruido ensordecedor, con esto entro un hombre, de unos 70 y tantos de años, era Prudencio, el capataz de la estancia, no lo habían visto desde hacía muchos años, estaba vestido de pañuelo, camisa y bombacha negra con una expresión firme y dura. No los vio o no quiso verlos, paso alado de ellos como volando, sus pies no se movían, flotaban.

Se despertaron tirados en el piso, la humedad, el sol y el calor estaban de nuevo ahí. Se levantaron confundidos, nublados de recuerdos, no sabían cómo llegaron ahí ni si lo que vivieron fue real, ni siquiera se animaron a hablar del tema por miedo a que solo ellos lo hubieran vivido.

Fueron al pueblo, o donde alguna vez fue el pueblo. Ahora estaba abandonado, como la última vez que lo vieron pero las casas mucha más viejas, sin pintar y con las ventanas caídas. De pronto una viejita ciega, vestida de negro con pelo blanco y ojos nublados por cataratas que reflejaban sabiduría, de quizá 90 años, caminaba sola y segura de conocer esas calles de tierra. La alcanzaron y le preguntaron qué había pasado con el pueblo, con sus habitantes y ella respondió que el pueblo con su gente

estaba ahí, viviendo, viviendo en la muerte.

Juan le pregunto por su padre, don Gustavo Aldrich y la vieja le respondió que estaba en su estancia, a unos 10 km del pueblo, que anoche su hijo Prudencio le dijo que su patrón estaba feliz, feliz por la visita de sus dos hijos...